

AGUSTÍN REMESAL
Corresponsal de TVE en Nueva York

CÓMO LOS “AMOS DEL MUNDO” PREPARAN EL PRÓXIMO MILENIO



CÓMO LOS “AMOS DEL MUNDO” PREPARAN EL PRÓXIMO MILENIO

Agustín Remesal

Corresponsal de TVE en New York

NADIE se hará rico en la bolsa de Wall Street el día 31 de diciembre de 1999. Los agentes de cambio, los célebres “brookers”, esos agresivos jóvenes que gustan llevar corbatas ajedrezadas sobre sus impolutas camisas blancas, han decidido que no habrá sesión. Si prospera la propuesta de su sindicato, la “Security Industry Association”, el mercado de valores y divisas no abrirá, para permitir que los ingenieros informáticos pongan de acuerdo sus ordenadores con el cambio de milenio. El último día de 1999 será viernes. Los técnicos tendrán 72 horas para ajustar durante el fin de semana los listados de transacciones, el cobro de dividendos e intereses, la fluctuación de divisas y los índices de cotizaciones con arreglo a dos dígitos, los de una fecha que, por ahora, no entienden los ordenadores: Cero-cero, o sea el año 2000.

Los agentes de bolsa alertan acerca de la posibilidad de un colapso informático universal. Un grupo de expertos, formado a instancias de la Casa Blanca, trabaja ya desde hace casi un año para evitarlo. Bancos, Ministerios, Ejércitos, supermercados, Universidades, Hospitales... La debacle puede tener dimensiones catastróficas, porque los programas informáticos no soportarían un cambio de una fecha que para ellos es la nada aritmética, o el retroceso del tiempo. Se calcula que el Gobierno de Estados Unidos gastará más de 100.000 millones de pesetas para prevenir el desastre, y las compañías privadas, medio billón para evitar la locura de los “chips”, de las bases informáticas, de las tarjetas de crédito, las reservas de plazas de avión, los pagos a los pensionistas...

El milenio al acecho no podía comenzar con peores augurios... pero los profetas dan por cierto que la bola plateada cuya caída indica el comienzo de cada año en Times Square, New York, traerá felicidad. Y como las gentes del mundo entero quieren ser testigos presenciales, ya no hay plazas libres en los hoteles neoyorquinos para esa última semana del siglo.

¿De dónde le viene al hombre esa sensación de locura colectiva que se hace patente al final de un ciclo del calendario? La psiquiatría dice que es uno más de los métodos humanos para cambiar de un estado mental a otro, o para ponerle un punto de quiebra, sin perecer a causa del vértigo. Esas variaciones de

fecha provocan corrientes de irracionalidad, de ansiedad y de locura que pasan a través de la fe, de cualquier fe. Los Evangelistas norteamericanos se proponen poner orden en el Universo celebrando dentro de dos años la segunda venida de Cristo. La policía del Estado de California tiene catalogadas ya a una decena de sectas cuyos miembros preparan su inmólación para esa fecha, siguiendo el desgraciado ejemplo de los adeptos de la llamada Heaven Gate (Puerta del Cielo) que se envenenaron con cianuro e intentaron subir, en zapatillas deportivas, a una nave nodriza que les iba a llevar al final de la galaxia, al cielo...

Hace un siglo, al final nada apocalíptico del XIX plagado de inventos sorprendentes (el ferrocarril, la electricidad, el teléfono, el cinematógrafo) estaba cayendo la fe en el progreso basado en la técnica. El hundimiento del trasatlántico *Titanic* fue el canto del cisne de esa fe ilimitada en la ciencia, en la infalibilidad del científico. Aquel iceberg ártico humilló a los ingenieros e impuso un plazo al entusiasmo de los laboratorios. Hoy vuelve esa fe en el progreso ilimitado, pero también el delirio de creencias arcaicas, remotas, primitivas.

La ciencia cabalga a lomos del optimismo más desenfrenado, y al mismo tiempo se impone su propia vigilancia. La mentira o el error en nombre de la ciencia es hoy por hoy más difícil que nunca. La relación entre investigadores, laboratorios, sabios e inventores es tan intensa que el impostor corre el riesgo permanente de ser descubierto. Veán ustedes estos dos ejemplos, con escenarios sublimes.

El 4 de julio de 1997, Día de la Independencia Nacional, el presidente de Estados Unidos de América William Jefferson Clinton proclamó "urbi et orbe" que la NASA había encontrado rastros de vida orgánica en un meteorito caído de Marte. Las televisiones del mundo entero enseñaron (enseñamos) la fotografía de un trozo de roca negra, en una de cuyas aristas se intuía el rastro de un fósil. Pues bien, hace un mes, un laboratorio de la Universidad de Berkeley, California, demostró que esa supuesta huella de vida orgánica marciana no era sino un rasguño en una roca basáltica desprovisto de interés científico y que probablemente nunca había estado en el planeta rojo.

El 23 de febrero de 1997 el biólogo escocés Ian Wilmut anunció al mundo entero su brillante maniobra genética: por cuenta del gobierno británico, había sido capaz de crear el primer mamífero clonado, una oveja blanca de nombre Dolly. La semana pasada dos investigadores de la Universidad de Wisconsin publicaron en la revista *Nature* un artículo en el que ponen en tela de juicio la habilidad del laboratorio escocés: nadie ha sido capaz de repetir aquella operación ovina clónica del doctor Wilmut, en ninguna parte del mundo, a pesar del fervor con que fue recibida y el desenfreno que provocó durante un año en los laboratorios de los cinco continentes.

Esas dos decepciones son transitorias. La carrera espacial y la genética circulan por vías tan seguras que incluso cuentan con muy buenos agentes de policía para prevenir accidentes serios, desviacionismos, embustería. Nunca hasta este final de milenio la ciencia se había presentado como el método más idóneo

para acortar distancias entre la realidad y la ficción. Así que les propongo un paseo que podríamos fechar en torno al año 2050. Es probable que algunos de los presentes no podamos realizarlo, pero el tiempo apremia y no nos queda otro recurso que el uso de la imaginación.

Nuestra primera visita es a una Clínica maternal. Es posible que mi nieta Clara esté a punto de dar a luz allí a mi biznieto Luis. Ella tiene 35 años y pide a su marido que le enseñe otra vez las fotografías. Aparece sobre una gran pantalla de cristal líquido, al fondo de la habitación, la imagen de un niño de 5 años. Mi nieta Clara sonríe mientras aparece otra fotografía de un joven de 16 años: las dos imágenes han sido generadas por ordenador a partir de ecografías y son las fotografías de mi biznieto Luis que está a punto de nacer. Su embrión fue debidamente tratado con un “extra-gen” para evitarle la contaminación por el virus del SIDA. Mi nieta Clara me cuenta que en la habitación adyacente está una mujer algo mayor, soltera, alta ejecutiva de la Clínica maternal. No sabe su nombre, pero me asegura que está a punto de dar a luz una niña cuyo embrión fue clonado con una célula de la misma madre: la ejecutiva de la Clínica y su hija serán gemelas. Vivirán dos vidas biológicas iguales y sucesivas. La ejecutiva ha encontrado así el método de perpetuar su imagen, sin necesidad de recurrir a la fecundación in-vitro y mucho menos al matrimonio, que detesta. Es un impulso natural por el que busca la inmortalidad, dice ella.

Les invito a que me sigan en la siguiente visita. Un día de ese mismo año 2050 mi nieto Enrique asiste a la reunión de coordinación del periódico en el que trabaja. El escenario, una rotonda de vidrio azul opaco situada en medio de un jardín bien cuidado, es la armonía de una belleza equilibrada y desierta. En realidad, en la sala de juntas, rodeada de pantallas gigantes divididas en decenas de ventanas de vídeo, sólo está mi nieto. El resto de los miembros de la redacción, incluido el editor, están desperdigados por medio mundo. Cada uno ha dejado en el servidor central sus propuestas, sus ideas, los trabajos realizados: reportajes, entrevistas, imágenes... La cita se resuelve por el método de una videoconferencia cuyas señales cruzan una decena de satélites. Un programa informático se encargará de componer la siguiente entrega (o edición online) del periódico, actualizado cada media hora y servido a través de una nueva red que sustituyó hace 30 años a Internet. Un último detalle: si ponen ustedes atención a las pantallas, observarán que ninguno de los periodistas de ese diario digital es calvo: hacia el año 2010, se puso de moda un tratamiento genético sobre los embriones que acabó con la alopecia. Así que en el 2050, no habrá calvos...

Los detalles de la visita a la Clínica maternal me los proporcionó el mes pasado el biólogo Lee Silver, de la Universidad de Princeton (New Jersey). La redacción del periódico cibernético está inspirada en una conversación que mantuve con el profesor Nicolás Negroponte en su Laboratorio Media de la Universidad de Massachusetts. Por cierto, él no se preocupa por los problemas de calvicie...

Ya están naciendo hoy los hombres y mujeres que por vez primera vivirán en gran número durante tres siglos distintos. La Oficina de la NASA en Cabo Cañaveral ha contratado a una agencia de viajes para que comercialice el primer vuelo de turismo con destino a la Luna, programado para el año 2015. El Pentágono acaba de ordenar el cierre de la Oficina de reclutamiento más famosa del país, la que el Departamento de Defensa abrió hace 100 años en la avenida Broadway para alistar a los jóvenes neoyorquinos que deseaban liberar a Cuba de las garras de los pérfidos españoles. El Presidente Bill Clinton está decidido a destinar el año que viene 25 billones de pesetas del presupuesto nacional a investigación científica, gracias al superávit que arrojan por vez primera desde hace 30 años los presupuestos federales. Son signos, aparentemente inconexos, colgados de un azar de simultaneidad, notas insólitas de la crónica de este siglo que fenece. Es preciso poner orden en ellos, analizarlos y detectar ese futuro indefinido que se nos anuncia. El mito de que todo pasa antes en EEUU es verdad. Alguna ventaja se ha de sacar de ese enormísimo laboratorio que adelantó a la vieja Europa durante la segunda mitad del siglo xx.

Se cumple este año un siglo del punto cero: el país joven con apenas cien años de historia, libraba contra España la primera guerra fuera de sus fronteras. Estados Unidos de América: 75 millones de habitantes, la mitad que Europa, cubrían un espacio vital enorme en dimensiones y en riquezas naturales. Una máquina de mano de obra inagotable fluía de la emigración que llegaba en edad de producir y de gastar. América no tenía tiempo de criar a sus hijos. Los primeros teóricos imperialistas se percataron de que, desechado el proyecto de anexionarse Canadá, los dos estados de Dakota serían los últimos que añadirían más estrellas a la bandera por voluntad propia. Y el Congreso de Washington comenzó a dar créditos para construir enormes buques acorazados, porque el expansionismo exigía el control de grandes espacios ultramarinos, al menos del vecino mar del Caribe. Los trabajos para la construcción del canal de Suez, cuyo primer proyecto corrió a cargo de los franceses, habían resultado un fiasco técnico y financiero. En menos de una década Estados Unidos echó a España de Cuba, anexionó Haití y Puerto Rico, puso un pie en Asia, controló Filipinas y construyó el Canal de Suez. Así arrancó la supremacía de Estados Unidos, el imperio americano.

¿Qué le queda de aquel empuje de joven nación, de aquella épica patriótica que representaban los llamados grupos “jingoos”? Le queda... el alma. Veamos cuál es el estado de la Unión 690 días antes de que comience el tercer milenio como potencia universal indiscutida.

Se temió en Europa un posible aislacionismo de Estados Unidos tras el final del comunismo, pero los agentes del poder de Washington aprendieron pronto a vivir y a mandar sin enemigo. La hegemonía norteamericana se ejerce ya sin contrincantes, tras la descomposición de su principal rival la Unión Soviética y su sistema de satélites en el este de Europa. “El imperio americano –afirma el analista francés Paul Marie de La Gorge– está solo en el mundo, se ejerce en exclusiva y es la primera vez que este fenómeno extraño ocurre en la

historia de la humanidad.” La calidad de ese poderío no nace de enviar legiones al otro lado del globo, a conquistar tierras: en realidad, la expansión geográfica tiene ya muy escasa importancia. Ahora, además de la primacía militar, cuenta sobre todo el control de las redes económicas y financieras, del comercio, de la innovación tecnológica...

Estados Unidos impone sanciones a Cuba, a Libia, a Irán, se propone castigar a Irak con o sin el consenso patente de sus socios europeos, decide en solitario cuántos países del Este de Europa deben entrar en la OTAN, y cuándo se le abrirán las puertas; quién debe ejercer el cargo de Secretario General de la ONU, a pesar de mantener con ese organismo una deuda cercana a los 200.000 millones de pesetas... La superpotencia con sede en Washington extiende a todo el planeta sin oposición la “pax americana”.

Hagamos un examen del caso más actual: la represalia que se prepara contra Irak. Es un conflicto de los que en el Pentágono se califican de periféricos, es decir, que no tocan intereses esenciales ni afectan a zonas de especial valor estratégico o suponen un peligro grave para la seguridad nacional. El conflicto irakí es, en efecto, el primer examen práctico de cuál sea el estilo del liderazgo fortalecido de Washington, y podrá servir de modelo para situaciones similares que puedan presentarse en las dos o tres primeras décadas del siguiente siglo:

Con la precisión que precede a las grandes decisiones, he aquí los posibles escenarios alternativos elaborados por los consejeros del Presidente en materia de Seguridad:

Opción 1. Ataque militar de gran envergadura con el fin de acabar con Sadam Husein, es decir, librar la última batalla de la guerra del Golfo que no se atrevió a autorizar el Presidente Bush. Paradoja política: los republicanos están azuzando a Bill Clinton para que remate la faena ocho años más tarde. Problema: el Pentágono no tiene suficientes fuerzas en la zona, y además la situación se le podría ir de las manos.

Opción 2. No llevar a cabo la represalia militar y aplicar a Irak la misma doctrina de disuasión que funcionó frente a la Unión Soviética, cuando Moscú contaba con unas 30.000 ojivas nucleares. Es una nueva versión de la guerra fría, aplicada a un país menor, y por tanto con más posibilidades de tener éxito. Pero Estados Unidos no tiene la suficiente autoridad política en la zona para evitar un caos en la región.

Opción 3. Represalia parcial, con objetivos precisos, que se determinan en función de las ventajas militares (destrucción de armas e instalaciones de mayor interés), su repercusión psicológica en el ejército y en el pueblo irakí y sus efectos más deseados en la opinión pública norteamericana (escasa probabilidad de eliminación física de Sadam Husein, destrucción real o publicitada de su arsenal de armas químicas y biológicas, instauración de la autoridad de la ONU, que seguirá en silencio).

La “Operación Irak número tres” corre el riesgo de ser la más comprometida de las planeadas por el Pentágono. Los socios europeos están reblandecidos, deseosos de hacer negocios con el régimen de Bagdad, de comenzar a me-

drar si se aligera la carga del embargo que sufre desde hace ocho largos años. “¿Pero alguien se cree a estas alturas que Irak constituye una amenaza militar para Estados Unidos?”, proclamaba la semana pasada el Ministro del Interior francés Jean-Pierre Chevènement. Fue el ministro de Defensa dimisionario ante Mitterrand 48 horas antes de que estallara la guerra del Golfo.

Hay otro dato de incertidumbre si la nueva operación de castigo que se perfila para la semana próxima se alarga en el tiempo: el Ejército norteamericano podría verse obligado a hacer frente a otro conflicto parcial en cualquier otro punto del planeta (Bosnia, Somalia, Angola, Corea del Norte...). Pero esa eventualidad también ha sido considerada ya por los expertos del Pentágono en vistas a la remodelación de su ejército para el siglo XXI: Estados Unidos está ya preparado para responder simultáneamente a dos situaciones bélicas en dos puntos distintos de la Tierra...

El objetivo estratégico militar es conservar una superioridad “no peer” (sin igual) por la disponibilidad de medios, por el avance tecnológico y por creatividad operacional. El Pentágono diseña para el próximo milenio armas teleguiadas de alcance espacial, al tiempo que prepara nuevas estrategias para responder al reto de una guerrilla de alta intensidad basada en las armas químicas y biológicas. En resumen, Estados Unidos se atribuye el monopolio del uso de la fuerza armada a escala mundial.

La propensión a la hegemonía absoluta norteamericana obedece además a uno de los objetivos mayores del Gobierno de Bill Clinton, proclamado recientemente por su Secretaria de Estado Madeleine Albright en un discurso: “la diplomacia norteamericana –ha dicho ella–, debe asegurar que los intereses económicos de Estados Unidos se extiendan a escala planetaria”. Los fondos de pensiones norteamericanos están siendo utilizados como principal fuerza de asalto en los mercados financieros. Hemos asistido a la conversión de los tigres asiáticos (Corea, Tailandia, Hong-Kong) en unos debilitados gatitos que maúllan para no ahogarse y perecer en la tempestad de sus bolsas. Estados Unidos tampoco acepta rival ni ofensa en el ámbito económico.

Pero los nuevos mastodontes comienzan a asomar por el horizonte: En lejanía, China: todos los analistas de la geopolítica del siglo próximo anuncian una inevitable transposición del eje del poder atlántico hacia el Pacífico. Japón es una potencia económica consolidada, pero bajo control y custodia de Estados Unidos. No en vano el General MacArthur dio por concluida la guerra contra el imperio nipón afirmando que era la última antes de la venida del anticristo a la Tierra. China es un poderío dormido, en estado de larva, pero que preocupa sobremanera a los agentes de Washington. La estrategia es engullir al hipopótamo antes de que despierte, respetando sus ronquidos. La más importante masa humana del planeta, 1.300 millones de personas, es percibida desde Estados Unidos como el siguiente gran mercado de consumo que ha de ser repleto de productos, cuando el entramado tecnológico e industrial de aquel gran país esté integrado en la economía global que borra fronteras y sentimientos patrióticos. Una grave preocupación comienza a fraguar en los análisis de

los expertos del Pentágono: China podría aprovechar su potencia económica para poner las bases de una infraestructura militar de rango mundial. Un periodista del *New York Times*, Richard Berstein, acaba de publicar un libro en el que establece una convergencia de hechos que desembocan en una guerra entre China y Estados Unidos hacia el año 2025. En un ejercicio de geoestrategia sin precedentes, el gobierno de Washington ha puesto en marcha un proceso de convergencia de intereses con ese poder emergente y comunista, China.

En el mismo lugar de siempre y con imágenes contradictorias, Rusia. Hace una semana el Presidente ruso Boris Yelsin pronunció una de esas frases que dejan helados a los analistas norteamericanos: “si Bill Clinton usa su arsenal nuclear para atacar a Irak, está abriendo una peligrosa caja de Pandora que podría conducirnos a otra guerra mundial”. Es bien conocida la capacidad de Yelsin para pronunciar frases estentóreas útiles para encandilar a la galería del Kremlin. Pero hace ocho días sus consejeros hubieron de usar una vieja excusa, la de la ignorancia del mensajero, para limar asperezas. El presidente ruso no habría amenazado a Estados Unidos con una represalia, sino que el periodista que tradujo su declaración cometió un grave error, porque no sabe casi nada de ruso. En la Casa Blanca se dio por buena la enmienda literaria de la canción bélica, pero quedó flotando en el aire el estribillo.

Hay señales cada día más claras de que Rusia está saliendo de la postración colectiva a la que le sometió el final del régimen autoritario en que vino a dar la gloriosa Revolución de Octubre. El pasado jueves, el director de la Agencia rusa del Espacio Yuri Koptev se mofó lisa y llanamente de los ingenieros de la NASA y les culpó de ser unos ineptos: no logran, según él, rematar la construcción del módulo principal de la Estación orbital Alfa porque no son capaces de resolver algunos problemas matemáticos. No ocurría nada semejante desde los tiempos del Sputnik, en los albores de la carrera espacial.

Y al otro lado del océano, Europa, la Unión Europea, el grupo de países aliados nominales y feroces competidores comerciales. Los más influyentes asesores de Bill Clinton repiten mil veces estos días algunas preguntas, cuando se lo permite su tarea de apagar incendios en la Casa Blanca para salvar al Presidente de sus correrías sentimentales: “¿pero por qué los europeos están tan empeñados en tener una moneda única?, ¿por qué tienen tanta prisa y quieren estrenarla con el milenio?”. Hay todavía mucha nostalgia del Plan Marshall en algunos despachos de Washington. Este año van a tener lugar allí y en Nueva York decenas de foros, simposios y congresos destinados a explicar y debatir el impacto que la moneda única europea tendrá en el ámbito de las relaciones euro-americanas. Una asignatura difícil, que sirve de preámbulo a un nuevo esquema de alianza-rivalidad entre la Unión Europea y Estados Unidos. Aun sin proclamarlo con rotundidad, el Jefe de la Reserva Federal (o sea el Ministro de Hacienda) Alan Greenspan parece estar dispuesto a levantar una muralla defensiva del dólar frente al euro. De momento, obligando a que la divisa europea no supere la cotización a la par.

No conviene por tanto en la hora actual hacer tabla rasa con la historia, como pretenden hacer quienes venden el nuevo milenio cantando himnos de hermandad y mesianismo. No conviene tampoco repetir el error de suponer que sectores tales como el de la comunicación se van a desarrollar de manera autónoma, obedeciendo exclusivamente a las reglas del mercado. Es bien sabido que Estados Unidos, sus dirigentes, tienen la especial habilidad de convencer a los demás de las grandezas del liberalismo económico, mientras ellos se encargan de recortar a conveniencia ese terreno de juego. La comunicación es un asunto de estado para Washington, es el sector decisivo para controlar la llamada "sociedad de la información".

El sector de la comunicación se sitúa hoy en el epicentro de la economía estadounidense. Los colosos se llaman Microsoft (del legendario Bill Gates), fabricante de programas, e Intel, fabricante de material. Las ganancias de ambos superaron el billón y medio de pesetas en 1996. El consorcio de la compañía Time Warner (de otro legendario personaje, Ted Turner) facturó 3 billones de pesetas ese mismo año. Una sola película, *Titanic*, es capaz de recuperar su coste de rodaje en menos de un mes: 3.000 millones de pesetas; mientras, las grandes cadenas de televisión se acaban de repartir el pastel de las transmisiones de los partidos de fútbol americano: 5 billones de pesetas por 3 años. El planeta comunicación-información tiene unas bases muy sólidas, y el gobierno de Washington sigue sus movimientos con la atención de quien sabe que de él depende en buena parte la paz en todo el sistema. El poder americano se expresa ya en ese imperio cibernético, presente en la escuela, en el hogar, en los negocios, en el supermercado. El presidente Bill Clinton reitera su voluntad de construir ese puente hacia el siglo XXI antes de concluir su presidencia dentro de tres años.

El siguiente ejemplo es muy ilustrativo: en la Universidad de Stanford, situada en el corazón del llamado Silicon Valley, una franja del valle de San José al sur de San Francisco, cada uno de los estudiantes cuenta con tres ordenadores para trabajar. El debate escolar, las explicaciones, los exámenes y las correcciones se realizan ya al modo virtual, con sonido e imágenes que el estudiante almacena y transporta en su portátil. Un aula de la Universidad de Stanford es ante todo una enorme pared frontal con pantalla incorporada.

En esa perspectiva milenarista, los norteamericanos se sienten especialmente atraídos por la aventura espacial. La mitad de ellos creen que la CIA los engaña porque oculta información acerca de las visitas de extraterrestres que a buen seguro han llegado a la Tierra hace tiempo; y dos de cada tres dicen sentirse angustiados cuando piensan que el hombre podría estar solo, el único ser viviente inteligente en el Universo. Además, tres de cada cuatro aseguran que ellos pagarían más impuestos si es necesario para que la exploración espacial no sufra retrasos.

Para culminar esa carrera durante el siglo próximo, el Gobierno de Washington cuenta con tener a punto una decena de viajes al fondo del universo lejano antes del año 2020. Una sonda va camino de Saturno, el planeta más

misterioso de nuestro sistema solar; la llamada Cassini salió hace algo más de un mes; utilizará la fuerza de gravedad de otros dos planetas para llegar a su destino el año 2003. Pero el proyecto espacial más brillante es sin duda el de la estación espacial internacional Alfa.

El año 2004 deberá estar en funcionamiento, se presenta como la antesala de la siguiente estación, el planeta Marte. La estación orbital internacional Alfa experimentará por vez primera los efectos sobre el ser humano de los viajes espaciales de larga duración. La NASA comenzará a transportar los primeros componentes necesarios para el montaje de sus instalaciones: módulo principal, elementos de captación de energía, laboratorios, hangares... Un mundo flotante a 500 kilómetros de la Tierra que costará medio billón de pesetas. España participa en el proyecto con el 2 por ciento del presupuesto y de la construcción; varias empresas de nuestro país preparan ya una parte de la estructura del módulo presurizado "Columbus" y un transponedor de comunicaciones.

El interés de esa plataforma es experimental; pero la carrera del espacio tiene otros capítulos sumamente trascendentales. En los despachos de la NASA se sigue soñando con encontrar una fuente energética alternativa fuera de la Tierra antes de cincuenta años. Y para celebrar la buena marcha del negocio, los jefes de la central de Houston han accedido al reingreso de un astronauta jubilado: John Glenn. Tiene 77 años y fue el primer hombre que dio una vuelta a la Tierra en el espacio. El próximo mes de octubre volverá a vestir su traje de comandante de una nave espacial para que los médicos puedan medir el deterioro que la ingravidez produce en su estructura ósea.

Pero el destino predilecto de los viajes espaciales durante la primera mitad del próximo siglo será sin duda el Planeta Marte. A lo largo de todos los tiempos el llamado Planeta Rojo ha ejercido una extraña fascinación sobre la gente y también sobre los científicos. Una irresistible tentación, una atracción telúrica: tal es la fuerza de Marte que mucha gente cree imprescindible, en nombre de la humanidad, abrir la ruta hacia él, primero para explorarlo y luego para quedarse allí, por seguridad, para evitar no se sabe bien qué peligros cósmicos. "No conozco ningún otro suceso que inspire nuestra imaginación o estimule nuestros sentimientos innatos como lo hace la conquista de Marte", afirma el Administrador de la NASA Daniel Goldin.

No ha recibido aún la NASA la orden de llevar a cabo esa conquista, pero sus ingenieros han diseñado ya el módulo de habitación que podría instalarse sobre su superficie yerma. Se llama TransHab, un cilindro de 8 metros de diámetro y 9 metros de altura, un edificio de tres plantas. El primer hombre debería llegar allí hacia el año 2015, y la instalación de la primera colonia tendría que llevarse a cabo con éxito hacia el año 2035. El coste de la operación es considerable, unos 70 billones de pesetas; pero si la bonanza económica continúa, Estados Unidos podría generar superávits presupuestarios año tras año. En eso ponen sus esperanzas los científicos de la Agencia Nacional del Espacio.

Hace ahora 30 años, el cineasta norteamericano Stanley Kubrick estrenó la película *2001, una odisea en el espacio*. Narraba el primer crimen cometido en el espacio; recuerden: HAL, el robot de a bordo que había llegado a tener sentimientos, o algo que podría parecerse a ese escozor invisible que nos hace humanos, cortó el suministro de oxígeno al astronauta Franck Poole, cuando éste realizaba un paseo espacial. El Comandante Poole salió despedido como una peonza y se perdió en el abismo cósmico.

Pues bien, el autor de esa historia, el escritor Arthur C. Clarke, acaba de devolvernos al astronauta Poole. 1.000 años más tarde, a comienzos del cuarto milenio, unos errantes viajeros espaciales rescatan en algún lugar lejano de una lejana galaxia un enorme trozo de materia supercongelada en cuyo núcleo está la víctima de HAL. Franck Poole es devuelto a la vida y se convierte en el protagonista de *3001, el final de la Odisea*. El Universo se expande, pero el hombre persigue sus límites y avanza a mayor velocidad. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta dónde? Preguntar: ese es nuestro fundamental estímulo.

Muchas gracias por su atención.